

Palabras del Excmo. Sr. D. Helio Carpintero Capell

Académico de Número
de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Sr. Presidente, Sres. Académicos, amigas y amigos todos:

Los clásicos decían que los libros tienen su propio hado, o fortuna, y éste que presentamos hoy no es una excepción.

Representa, en algún sentido, el cumplimiento de una cierta deuda que yo sentía tener, desde muy atrás, con mi maestro Julián Marías.

Recién terminados mis estudios de filosofía, Julián Marías, que mantenía una estrecha y honda amistad con mi padre y mi familia desde que hiciera de Soria su lugar habitual de residencia veraniega, me invitó a colaborar en un Seminario de Humanidades, que patrocinó la Fundación Ford a través de la Sociedad de Estudios y Publicaciones creada por el Banco Urquijo, donde se buscó reunir el saber y la inquietud de unos cuantos maestros –Lain, Aranguren, Fernández Almagro, Lafuente Ferrari y Lapesa, junto al propio Marías–, con el afán por investigar y aprender de unos jóvenes discípulos, algunos ya jóvenes maestros, entre ellos José M. López Piñero, Gonzalo Anes, Carmen Martín Gaité, Eduardo Martínez de Pisón, Miguel Martínez Cuadrado, Jorge Campos, y unos cuantos más, reunidos para estudiar la estructura social de la España contemporánea.

Salieron de aquel Seminario bastantes cosas, pero sobre todo, en el grupo de trabajo que nos reuníamos en torno a Marías, fuimos adquiriendo un singular

conocimiento del pasado reciente, y empezamos a ver el proceso histórico del primer tercio del siglo, desde el ángulo del fracaso de una España liberal, en la que al tiempo que crecía de manera veloz su riqueza cultural, la calidad y cantidad de su pensamiento, su arte y creatividad, y se modernizaba su espíritu y sus instituciones, se había ido agrietando la concordia entre sus habitantes, cobrando fuerza el fenómeno que Ortega había llamado “particularismo” en su *España Invertebrada*, y que conducía a distintos grupos sociales –los regionalistas, las clases sociales, los grupos profesionales como el de los militares o los eclesiásticos– a sentirse maltratados por el gobierno central, buscando, a su modo y en el marco de sus posibilidades, una reparación individual, que subordinaba el interés común a la satisfacción particular.

Naturalmente, ese proceso de discordia había llevado por diversas vías al tremendo conflicto de la guerra civil.

Cuanto estábamos cerca de Marías advertimos, al tratar estos temas, hasta qué punto él había sentido horror ante la ruptura del país y ante los sangrientos costos que ello había representado, y en qué alto grado le importaba que el país alcanzara a superar aquel trauma, y cuánto deseaba que pasara al fin la página de un régimen que no había cancelado la división entre las dos Españas.

En este contexto, Marías revivía, cada vez que de ello se hablaba, su admiración por don Julián Besteiro, y hacía referencia a la colaboración que él mismo le había prestado, en marzo de 1939, cuando Besteiro y Casado y los hombres del Consejo Nacional de Defensa de Madrid habían intentado por todos los medios alcanzar un acuerdo honroso con los “nacionalistas” para terminar la guerra.

En muchas ocasiones, hablando con nosotros, se refirió a sus escritos en el ABC de aquellos días. Una y otra vez le animé a que retomara aquellos artículos y los reeditara, con las notas que fueran precisas para aclarar su contenido. Pero siempre terminaba por dejarlo para un momento más oportuno.

En los años 60, ciertamente, no era tiempo de volver sobre estas cosas. Él estaba entonces inmerso en temas filosóficos, construyendo su visión de conjunto del pensamiento de su maestro Ortega, y luego su personal contribución a aquella filosofía, desarrollando su propia teoría en torno a lo que él llamó la “antropología metafísica”. Y cuando, ya en los años 70, sintió que el país se iba acercando a nuevos horizontes, se entregó con denuedo a imaginar una sociedad española democrática, hablando de los problemas que creía que tenía la que llamaba siempre la España Real, aquella que estructural y dinámicamente subyacía y se extendía por debajo de las imágenes oficiales. Así fueron creciendo sus artículos, muchos de los cuales reunió en el volumen de ese mismo título, *La España real* (1998).

Allí se propuso, según sus propias palabras, hablar “de España tal como la encuentro –como la veo y la siento y la imagino y la pienso–, no como oigo decir que es o debe ser”. Y ello, sobre todo, porque le preocupaba “la España que podría ser”, aquella que podría cobrar realidad efectiva afianzada en una serie de elementos positivos que no constaban con evidencia en el presente, sino que había que revelarlos y descubrirlos por debajo de la superficie agitada de la vida de cada día.

Llegó la democracia, y con ello su activa participación en la política, como senador real, y su constante presencia en la prensa, para ir dejando llegar a sus lectores un mensaje de confianza, no exento muchas veces de inquietud, pero sobre todo de esperanzada ilusión en lo que el proceso de la Transición iba trayendo.

Así que la tarea de volver los ojos a 1939 iba progresivamente perdiendo sentido para él, consciente cada vez más de que el hombre tiene volcada su realidad hacia el futuro, en el que ha de irse haciendo día a día.

Y, lo confieso, a mí me fueron atrayendo otros temas, de modo que aquel asunto de archivo vino a quedar traspapelado.

Ha sido preciso llegar a la hora en que Marías ha dejado de estar entre nosotros, y en que su obra y su figura han cobrado la fijeza y rigidez de lo ya definitivo, cuando he sentido la necesidad de conocer y completar aquella porción de su biografía, aquel tema de curiosidad de otros tiempos, ahora convertido en una parcela a integrar con el resto de su imagen.

Ello me llevó a buscar, primero, a estudiar después, aquellos artículos que Marías contaba haber publicado en el *ABC* republicano, cumpliendo así la tarea que le había propuesto, en aquellos momentos, su maestro Julián Besteiro.

Me interesaban de modo particular aquellos textos, porque todas las referencias que su autor hacía a los mismos estaban llenas de un personal orgullo y estimación, que indicaban claramente que se trataba de porciones condensadas de intimidad, y aún experiencias decisivas de su realidad personal.

Precisamente, cuando se publicó en Madrid, ya en los años 80, la edición antológica paralela del *ABC* de Madrid, republicano, y el de Sevilla, ‘nacionalista’, como pieza testimonial de contraste entre las dos Españas de la guerra civil, le pidieron a Marías los editores que hiciera la presentación de la obra, y dijo allí algunas palabras que matizan el sentido que daba a sus viejos textos:

“El único título que tengo yo para estar aquí –decía– ... es haber sido colaborador del *ABC* republicano. En realidad yo empecé a escribir en los periódicos, en este periódico. Había publicado una vez en un diario anteriormente, cuando tenía dieci-

nueve años. El año 1933, en El Sol, publiqué el prólogo de un diario que había escrito a la vuelta del crucero universitario que la Facultad de Filosofía y Letras organizó por el Mediterráneo... Pero... yo empecé a escribir artículos de periódico, empecé a ejercer la función del periodismo en el *ABC* republicano. Invitado por el que fue su director, no al comienzo sino poco después, creo que en el mes de septiembre del año 36, Elfidio Alonso... un diputado del partido de Unión Republicana, hermano de una fraternal amiga mía, y al encargarse de la dirección de *ABC* me pidió colaboración. Y escribí cierto número de artículos, firmados algunos, sin firma, en forma editorial otros...; ocasionalmente, con una mayor densidad, aunque no fueran propiamente colaboraciones de *ABC*, el último mes de la guerra civil.”

Y sigue diciendo:

“El último mes de la guerra civil yo escribí, en colaboración con don Julián Besteiro, la persona por quien he sentido más estimación moral y política en mi vida, con el intento de que la guerra pudiera terminar y pudiera terminar pronto, antes de que murieran 200.000 españoles más, y de que el final de la guerra fuese, si era posible, la paz; fuese una paz. Yo soy un hombre muy poco orgulloso. Y creo que nada vanidoso. Pero si de alguna cosa tengo un poco de orgullo es de ese mes de marzo de 1939.

Los textos que yo escribí se publicaban en algunos de los periódicos, se daban por la radio, porque yo escribía tanto para una zona como para otra. Yo escribía para todos los españoles, en un esfuerzo bastante penoso y bastante arriesgado, para convencerlos de sus dobles errores y de la necesidad de no llevar hasta el final sus parciales razones, para conseguir que el final de la guerra fuese el comienzo de una etapa vivaz, de una etapa creadora, algo que pudiera llamarse paz.”

Y termina diciendo en este largo párrafo de recuerdo:

“Hay un pequeño editorial, un brevisimo editorial, publicado en letra negrita, en el último número del *ABC* republicano, el día 28 de marzo de 1939, que es la despedida de la República. Lo escribí yo la noche anterior”.

En esas líneas está descrita sumaria pero claramente la posición de eso que se ha venido llamando la *Tercera España*, la que reunía a aquellos hombres que, desde una posición ‘tercera’, se dirigían a los innumerables de las *Dos Españas* en liza, para mostrar la doble serie de errores, los errores de la parcialidad y del sesgo propios, la parte de razón que cada uno perdía frente al otro, y la necesidad de no encastillarse en el propio punto de vista, sino de poner fin al odio y de promover activamente la concordia y la paz.

Me interesó, además, el tema por una razón adicional. Y es que esos artículos habían sido patrocinados y promovidos por don Julián Besteiro, y Besteiro

ha sido un miembro sobresaliente de esta Academia, al que aún habrá que elogiar por encima de lo que hasta aquí se ha hecho.

Me pareció que la recuperación de los textos reforzaba los vínculos de Marías con Besteiro, y a su través, con la Academia. Y tras presentar un primer estudio en esta Casa, recibí los apoyos y el impulso cordial de muchos compañeros para dar el empujón final al estudio de aquella colaboración singular en aquella hora dramática.

Así que la Academia ha hecho posible que al final llevara a término un deseo mío sentido de muchos años, y se hiciera visible lo que Marías y Besteiro, o si se prefiere, lo que por encargo de Besteiro-Marías fue escribiendo en favor de la paz, en marzo de 1939, cuando se avecinaban ya tiempos nuevos y venía la hora en que se iba a cortar con todo un pasado de inquietud y de conflictividad, pero también lleno de inmensa creatividad, de libertad y genialidad.

LA OBRA

Para empezar, el libro contiene 14 artículos, aparecidos sin firma, en forma de editorial, pero con título, en la primera página del *ABC* republicano que se editaba en Madrid, entre el 11 y el 28 de marzo de 1939.

La edición planteaba algunos problemas. De un lado, estaba la cuestión de la autoría de los mismos. De otro, su contextualización y su comentario.

Me referiré primero, brevemente, al problema de su autoría.

Tenemos una serie de declaraciones de Marías, como la que antes he recordado, que pueden completarse con otras de su autobiografía, y que hacen referencia a esa determinadísima serie de artículos, de los que da en sus *Memorias*, el último íntegramente reproducido, del que nos ha dicho que lo escribió la noche anterior a su aparición: “La nobleza del Consejo de Defensa” (*Mem. I*, 252).

Hay, además, otro cuyo título está igualmente recogido en las *Memorias*, y una breve referencia de algunos de los temas tratados en esos artículos que coincide plenamente con varias de las cuestiones que aparecen en la serie.

Dice Marías: “Cubrí un amplio espectro de cuestiones: el balance real de la guerra, las conexiones internacionales, la necesidad de despojarse del espíritu de odio, y aun de beligerancia, el papel que los republicanos, aun vencidos, podrían y deberían representar en la paz” (*Mem. I*, 246). Todo está en estos textos. (Ver 14-3, 19-3, 18-3, y 25-3).

Además, a mi modo de ver, había además un caso de argumento complementario: hay un artículo en la serie, precisamente el primero, que pienso, por una serie de razones, principalmente estilísticas, que no es de la misma pluma que los demás; sencillamente, que no es de Julián Marías. Y aunque lo incluyo con los otros, dejo a la vez claras las razones de mi rechazo.

Enseguida veremos que, si entramos en la cuestión de su fondo, la autoría se hace todavía más evidente.

En segundo lugar, había que pensar en su contextualización.

Para ello he considerado necesario trazar siquiera unas breves imágenes de Besteiro y de Marías, y dar las líneas, siquiera fuera en esquema, de la historia del Consejo de Defensa.

Don Julián Besteiro era catedrático de lógica de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, y figura prominente del Partido Socialista Obrero Español. Presidió el Congreso constituyente de la II República, e iba a ser una de las figuras centrales en el Consejo de Defensa que rigió Madrid en aquel mes de marzo de 1939.

Cronológicamente, era una figura de la 'Generación del 98'. Fue muchos años concejal de Madrid, quiso estar siempre al lado de sus conciudadanos y electores, renunció a cualquier posibilidad de alejarse de su ciudad, y esperó en ella con sereno estoicismo a que las tropas 'nacionalistas' le hicieran prisionero allí. Juzgado y encarcelado, murió dramáticamente, a causa de una enfermedad no curada, prisionero del nuevo Gobierno nacionalista en la cárcel de Carmona (Sevilla), en 1940.

Besteiro había comenzado interesándose por los problemas de la psicología y la psicofísica, para luego orientarse hacia el neokantismo, y las cuestiones lógicas; desde ahí, en su etapa final, iba a posicionarse en el socialismo teórico y práctico, lo que le llevó a ocuparse de estos problemas en su discurso de ingreso en esta Academia, hablando sobre *Marxismo y antimarxismo*, en 1935.

A Besteiro le preocupaba la democracia. Como socialista, no dejaba de apuntar a las contradicciones internas del capitalismo, como lo muestra en ese discurso mencionado, pero también advertía los problemas inherentes al acceso del Socialismo al poder. En efecto, temía que, al alcanzarlo, olvidara su política socializadora; y además que, de no alcanzarlo, se orientara a un reformismo fascista y violento. Mientras buscaba la conciliación efectiva del socialismo y la democracia, propugnaba el rechazo de toda dictadura. Tales ideas inspiraron en gran medida su acción política en la guerra.

Ya en 1937 estuvo en Londres explorando la posibilidad de algún tipo de acuerdo que pusiera fin a la guerra, sin ningún éxito. Y en la primavera del 39, tras la dimisión del presidente Azaña, sin instituciones que pudieran mantener la legitimidad del gobierno, iba a estar en contra del gobierno de Negrín, y de su pretensión de alargar la guerra mediante una resistencia rígida, sostenida desde las filas del partido comunista.

En el libro cuento, resumidamente, el golpe de Estado que dan en Madrid los militares Casado y Miaja, quienes establecen el Consejo Nacional de Defensa, que rechaza la autoridad de Negrín, y cuenta con el apoyo de los partidos antifascistas. Allí estaban Izquierda Republicana, la CNT, los socialistas, la UGT, con la sola exclusión del grupo comunista. Allí también se incluye a Besteiro como consejero de Estado. Su rápida creación vino a impedir un movimiento del gobierno que pretendía, al parecer sustituir a numerosos dirigentes militares reemplazándolos con otros nombres de la más estricta confianza del grupo comunista. Precisamente en sus memorias, Julián Marías refiere cómo él personalmente vió en galeradas de la *Gaceta de la República* los decretos que iban a producir aquella transformación de mandos (Marías, 1988, 240-256; Español, 2004, 53).

El golpe fue duro, y el Consejo hubo de imponerse por la fuerza, haciendo frente a la resistencia del grupo comunista, que al cabo de unos días fue dominada. Fue una pequeña guerra civil dentro de la más grande que se desarrollaba a escala nacional.

Marías, por su parte, era, en aquellos días, un joven recién licenciado en filosofía, que había terminado en cinco años su carrera, 1931-1936, y que había establecido una amistad sincera con su maestro Zubiri, del que había llegado a ser en cierto modo ayudante. Sentía una enorme vocación hacia la filosofía, e iba haciendo suya la de su maestro Ortega, mientras daba sus primeros pasos publicando artículos en *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya*, y en los días de la guerra, en *Hora de España*.

A diferencia de muchos de sus contemporáneos, no había sentido la menor fascinación por los partidos totalitarios de derecha o de izquierda. En sus *Memorias* cuenta la repugnancia que sintió ante el juramento que un amigo había tenido que hacer, para ingresar en uno de ellos, pues había tenido que decir que “daría por no oída toda palabra que pudiera debilitar la imagen del partido”, o cosa parecida. La renuncia al propio juicio, a la libertad personal y a las propias evidencias que aquella fórmula implicaba le produjeron una honda repulsión.

Iba a estar en Madrid como soldado del Ejército de la República, aunque sobrante de cupo, incorporado a las funciones de traductor del Ejército de Tierra, (Marías, 1988, I, 219); ya he mencionado sus colaboraciones ocasionales en *ABC*, gracias a su amistad con Elpidio Alonso, el director y hermano de María Rosa Alon-

so, compañera de la Universidad, todavía hoy felizmente activa en su Canarias natal, y también con el secretario, Antonio Dorta, que fueron personas amigas que propiciaron aquella actividad periodística.

Pero además, también formó parte de un grupo activo que organizó unas emisiones informativas, promovido por Arturo Soria, nieto del creador de la Ciudad Lineal, con la colaboración de unos cuantos jóvenes y amigos compañeros del Instituto Escuela (Id., 211); más tarde, haría con Fernando Sáinz de Bujanda, unas emisiones en francés que entonces titularon “Ici Madrid, la voix de l’Espagne républicaine” (Id., 220), con extractos de prensa que pretendían reivindicar la imagen de la república en Europa, y que llegaron a su fin cuando se extremó el control de las comunicaciones.

Desde el primer momento, Marías sintió la guerra como una catástrofe, y una “exageración”. En sus memorias ha dicho: “Desde el primer momento, lo único que me parecía deseable era el *final* de la guerra. Y mi adhesión iba, en primer lugar, a los que no la habían querido ni provocado; en segundo lugar, a los que sentían su dolor; en tercer lugar, a los que deseaban o se proponían terminarla” (Id., 199).

Se entiende bien, por eso, que cuando en marzo del 39, Besteiro hizo su llamamiento por la paz y la verdad del día 6, Marías respondiera de inmediato a la llamada, yendo a ponerse a su disposición incondicionalmente.

Besteiro decía: “¡Ha llegado el momento en que irrumpir con la verdad y rasgar la red de falsedades en que estamos envueltos es una necesidad ineludible, un deber de humanidad... Por la renuncia del Presidente de la República, ésta se encuentra decapitada...”

Y luego, tras negar legitimidad al gobierno de Negrín, y reconocérsela al Ejército al que correspondía el mando, dado el estado de guerra declarada que entonces existía, añadía: “Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe anonadados por la desgracia... Una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y de vilipendios” (Id., 243).

A semejante llamada en favor de la verdad, Marías no podía resistirse ni marginarse.

LA OBRA DE MARÍAS

El joven filósofo se puso al servicio de su maestro y mentor. Este le iba a pedir una colaboración en los medios de comunicación, en la prensa y en la radio, que llevara a los ciudadanos el mensaje de la verdad de la situación, de

manera que todos apoyaran la política del Consejo, y se pusiera fin a los engaños y ocultaciones.

Estos artículos sorprenden, cuando se piensa que están escritos en el fragor del conflicto. En un momento tan grave y complejo como el que se estaba viviendo, buscaban restablecer la verdad en la vida pública, y, al tiempo, consolidar la debilitada democracia, dando apoyo popular al nuevo Gobierno, en su política de búsqueda de la paz. Además, su autor, tenía el propósito de “dirigirse a todos los españoles a la vez, diciéndoles lo mismo...” (Id., 244-5). Eran sobre el papel una empresa quijotesca e ilusoria. Pero ahí están, como para demostrar que en la guerra todo llega a ser posible.

* * *

No es el lugar ni el momento de resumir sus palabras, ni de sustituir la lectura directa de las páginas del libro por una apresurada síntesis.

Tiene sentido reconocer que, en el propósito de Besteiro, y en los textos de Marías, se manifiesta un extraordinario espíritu del Madrid republicano, que aceptaba la verdad de un desenlace de derrota, y buscaba crear un nuevo espíritu de solidaridad, de reconstrucción de la unidad social rota, uniendo a todos en un proyecto comun de progreso y de futuro.

Leyéndolos se comprende hasta qué punto pudo luego sentirse defraudado con la política de los vencedores, que mantuvieron viva la ruptura social entre las dos Españas tenazmente durante años, haciendo fracasar aquella otra “España que pudo haber sido”, si la generosidad y la fraternidad hubieran inspirado la nueva política de la posguerra.

Muchos años después, Marías reflexionó sobre aquellas experiencias, y el sentido de la tragedia, y llegó a proponer una suerte de explicación.

El país, tal era su convicción, se politizó. “Politización no quiere decir interés por la política... La politización consiste en la obturación de todo lo demás por la política... Los españoles, ante otro español, no trataban de ver si era simpático, si era inteligente, si era honrado, si era decente, si una mujer era atractiva; lo único que les importaba era si eran de derechas o de izquierdas” (Marías, 1998, 744).

Y de esa suerte el país, manejado por unas minorías, desde los dos extremos, se dejó arrastrar, se dejó manipular. Se dejó llevar “con una inmensa complacencia, sin la cual no hubiera habido guerra civil tampoco” (Ibid.).

Pero del pasado hemos de venir a nuestro tiempo, tratando de aprovechar esa experiencia para nuestro propio quehacer.

Reflexionando sobre el pasado, sobre la dramática experiencia de la guerra, se puede pensar en el heroísmo, en la incalculable pérdida de vidas, en los costos de aquella destrucción...

A mi me parece esencial pensar en dos cosas:

1) En la pérdida irreparable de la España que habría podido ser.

Yo soy psicólogo. En 1936, la psicología española era pequeña, pero muy estimada internacionalmente. Iba a realizarse en Madrid, en 1936, un gran congreso internacional que iba a dar el espaldarazo a nuestros pioneros en ese campo. Y en lugar de ir a la emigración, Emilio Mira, y Lafora, y Mercedes Rodrigo, y Ángel Garma, y tantos más, hubieran asentado las bases de un campo científico que hubo de esperar aún muchos años para consolidarse.

Había una filosofía con Ortega y Zubiri a la cabeza, pero también con Gaos, y García Bacca, y Xirau, y Serra Hunter, y, de no haberse producido la catástrofe, habrían luego continuado su obra los Marías, Ferrater Mora, María Zambrano, Rodríguez Huescar y muchos más... Y habría habido más teatro de Lorca, y poesía de Alberti, y de Salinas, y León Felipe, y tantos otros, con Picasso tal vez como director del Museo del Prado, y Falla no habría muerto en la Argentina y... matemáticos, científicos, médicos, que se desparramaron por Hispanoamérica, enriqueciendo los países del otro lado del Atlántico, pero descapitalizando el nuestro, habrían desplegado sus posibilidades en nuestra propia sociedad, colocando sus campos respectivos en la vanguardia mundial. Y,

2) También hay que pensar en la gravitación que sobre nuestro futuro puede seguir ejerciendo el pasado, si no lo dominamos con la memoria, pero sobre todo, con la generosidad creadora propia de la esperanza. Con el recuerdo del conflicto vivido, debería ir unida una voluntad enérgica de renacimiento y regeneración. Necesitamos, seguramente, volver a organizar un nuevo *Regeneracionismo*, como aquel que tuvimos a comienzos del siglo XX, que cierre con doble llave el baúl de las discordias particulares.

Se ha hecho en el pasado reciente un enorme esfuerzo de superación del trauma, en eso que se llama la 'Transición', donde, sin olvidar el ayer, estábamos de nuevo en marcha hacia un futuro de logros, de creaciones espirituales y materiales, de progreso para el país. Pero se ha vuelto muy recientemente a mirar el pasado desde posiciones separadas y tal vez inconciliables. En lugar de pensar en lo que podemos hacer juntos, han empezado de nuevo a predominar los particu-

larismos que subordinan el todo a las partes, y someten lo que sería el bien general a los intereses de los grupos. Se han vuelto a encender entre nosotros las luces de aviso de una nueva politización.

Creo por eso que necesitamos volver los ojos, enérgicamente, hacia la *Tercera España*, que no quería desprenderse de la *Primera* ni de la *Segunda*, sino integrarlas en un todo para lanzarlo hacia un futuro europeo, y al horizonte más amplio de la comunidad hispana e iberoamericana.

La actitud y el modelo representado por Besteiro y por Marías, en marzo de 1939, del que estos artículos dan cuenta, podría aún tener virtualidades positivas en nuestros días, como testimonio de un pasado que no debería resurgir. Si la historia es maestra de la vida, esta historia debería servirnos de lección ejemplar para nuestro presente.

Y llego, en fin, al momento de los agradecimientos.

El primero, muy sincero, a esta Academia, a su presidente Enrique Fuentes Quintana que desde el primer momento apoyó mi trabajo, y a la Mesa Directiva que aprobó luego su edición.

A mi maestro José Luis Pinillos y a Juan Velarde, que con tanto saber y afecto han comentado el libro en este acto.

A Carlos Seco, que accedió a poner un prólogo admirable, propio de un maestro de historiadores que ha sido a la vez un gran amigo de Marías.

A Antonio Roche y Biblioteca Nueva, que acogieron de inmediato el manuscrito, para incorporarlo a su catálogo, y han hecho posible esta bella edición.

Y a todos ustedes, por estar esta tarde aquí, dando calor y solemnidad al nacimiento de este libro.

A todos, gracias.

REFERENCIAS

MARIAS, J., (1998), *Memorias. Una vida presente*, I., Madrid, Alianza.

— (1998), *La España real*, Madrid, Espasa Calpe.

ESPAÑOL, L. (2003), Madrid, 1939. *Del golpe de Casado al final de la Guerra Civil*, Madrid, Almena Eds.